

hueco dice tanto como la espada del francés (1). Al pretender Napoleon arrancarnos este trofeo de nuestro pasado poderío, creyó quizás con necio orgullo que iba á arrancar de las historias algunas páginas sagradas; á borrar el nombre de PAVIA, á hacernos olvidar el glorioso de

(1) Muchas veces hemos visitado la armería real, con idea de elevar el ánimo, contemplando las armaduras que vistieron nuestros guerreros en siglos de gloria y de honor. Las de doña Isabel la Católica, Fernando V y Carlos I nos recuerdan reyes ilustres por el brillo de sus hazañas, que no conocieron señores y apenas tuvieron rivales: las del Gran Capitan, Cisneros, Hernan-Cortés y D. Juan de Austria nos familiarizan con los héroes; y todas juntas nos trasladan á una edad de hierro y de combates, pero en la que nuestros pendones flotaban señores de dos mundos á un tiempo en la tierra y en la mar. Cuantas veces la hemos visitado hemos debido á los conserges las mas delicadas atenciones; y uno de ellos, que ha cumplido ya 80 años, nos refirió el hecho siguiente.

Dos franceses, de los que no encuentran nada que admirar en España, visitaban la armería real, y el buen anciano los guiaba. Despues de haberla recorrido con insultante desprecio dijo el uno de ellos al otro.

—Vámonos: esto no vale nada.

No pudo sufrir el Conserje tan grosera baladronada: cojiendo al frances por un brazo, lo arrastró hasta uno de los armarios y con voz tonante le dijo.

—En ese claro, que V. ve, estuvo la espada de Francisco I, y en esa gola está gravada la batalla de San Quintin. Aquel estandarte es el que llevaba el capitan Baja en la batalla de Lepanto, y este otro el pendon de Castilla que enarboló D. Juan de Austria en su galera capitana. Todos los demas estandartes, conquistados á los enemigos, recuerdan acciones gloriosas; y si no puede V. recrearse con CUARENTA Y DOS AGUILAS Francesas es porque al duque de Angulema se las regaló el rey Fernando.

El francés no replicó al anciano y se salió de la armería. Cuando yo escuché su relato sentia arder mi sangre en las venas, y ya que no pude premiar su ardiente y honroso patriotismo, porque valgo menos que él, consigno el hecho en esta nota, para que si llega á sus manos tenga á lo menos el consuelo de saber que hay un español que admira y respeta sus virtudes.

Antonio de Leiva, y los ilustres de *Diego de Avila* y de *Juan de Urbietta*, que adquirieron para su patria este trofeo, en buena guerra conquistado, y comprado con nuestra sangre.

Al describir esta ceremonia, para nosotros humillante, preferimos copiar las palabras de *la Gaceta del 5 de abril de 1808* á usar las nuestras, por temor de ser destemplados, y porque este notable documento revela bien todo el servilismo de los hombres que aconsejaron al monarca. El artículo en cuestion dice asi.

«S. A. I. el gran duque de Berg y de Cleves habia manifestado al Excmo. Sr. D. Pedro Cevallos, primer secretario de estado y del despacho, que S. M. I. el emperador de los franceses y rey de Italia gustaria de poseer la espada que Francisco I, rey de Francia, rindió en la famosa batalla de PAVIA, reinando en España el invicto emperador Cárlos V, y que se guardaba con la debida estimacion en la armería real desde el año de 1525, encargándole que lo hiciese asi presente al rey nuestro señor. Informado de ello S. M., que desea aprovechar todas las ocasiones de manifestar á su íntimo aliado el emperador de los franceses el alto aprecio que hace de su augusta persona, y la admiracion que le inspiran sus inauditas hazañas, dispuso inmediatamente remitir la mencionada espada á S. M. I. y R.; y para ello creyó des-

de luego que no podia haber conducto mas digno y respetable que el mismo señor gran duque de Berg, que formado á su lado y en su escuela, é ilustre por sus proezas y talentos militares, era mas acreedor que nadie á encargarse de tan precioso depósito, y á trasladarle á manos de S. M. I. A consecuencia de esto, y de la real orden que se dió al Excmo. Sr. marqués de Astorga, caballero mayor de S. M. se dispuso la conduccion de la espada al alojamiento de S. A. I. con el ceremonial siguiente.

«En el testero de una rica carroza de gala se colocó la espada sobre una bandeja de plata cubierta con un paño de seda de color punzó, guarnecido de galon ancho brillante y fleco de oro; y al vidrio se pusieron el armero mayor honorario D. Carlos Montargis, y su ayudante D. Manuel Trotier. Esta carroza fué conducida por un tiro de mulas, con guarniciones tambien de gala, y á cada uno de sus lados tres lacayos del REY con grandes libreas, como así mismo los cocheros.

«En otro coche, tambien con tiro y dos lacayos á pie, como los seis espresados, iba el Excmo. Sr. caballero mayor, acompañado del Excmo. Sr. duque del Parque, teniente general de los reales ejércitos, y capitan de reales guardias de Corps. Precedia á este coche un correo de las reales caballerizas, y al estribo

izquierdo iba el caballerizo de campo honorario D. José Gonzalez, segun corresponde uno y otro á la dignidad de caballerizo mayor en tales casos. Concurrió á este acto de órden de S. M. una partida de reales guardias de Corps, compuesta de un sub-brigadier, un cadete y veinte guardias, de los cuales cuatro rompian la marcha, y los demas seguian detras de la carroza en que iba la espada. En esta forma se dirigió el acompañamiento á las doce del dia 31 de marzo anterior desde la casa del señor marqués de Astorga á la en que se halla hospedado el Sermo. Sr. gran duque de Berg; luego que llegó la carroza en donde iba la espada se apearon los dos armeros, y tomando el honorario la bandeja con ella, aguardaron á que lo verificasen el señor caballerizo mayor, y capitán de guardias, y subieron delante de SS. EE. hasta el salon en que esperaba el gran duque. Allí tomó la bandeja el señor marqués de Astorga, y despues de entregar la carta que llevaba del REY nuestro señor, y hecha una corta arenga, presentó al gran duque la bandeja con la espada, que S. A. I. recibió con el mayor agrado, contestando con otro espresivo discurso. Concluida esta ceremonia, durante la cual permanecieron los guardias de Corps formados al frente del alojamiento, se restituyeron dichos Excmos. Sres. con el mismo aparato y escolta

al real palacio, á dar cuenta á S. M. de haber cumplido su comision.»

Cuando Murat se quedó solo levantó el paño de la bandeja, tomó la espada, la desenvainó, la blandió, y despues de haberla contemplado, dijo para sí.

—¿Será posible que los que vencieron en Pavia se dejen engañar como niños en vez de lidiar como hombres? En el siglo de Cárlos V nos veíamos vencidos en Italia, rechazados en el Pirineo, y hasta sitiados en Paris: en el siglo de Napoleon ocupamos las plazas fuertes y la capital de las Españas. Mucho han perdido los españoles: mucho hemos ganado los franceses.

Dijo y volvió á blandir la espada con diestra robusta y potente. Mas no pudo gozarse mucho en este ejercicio de esgrima, que le entretenia y entusiasmaba con la memoria de los combates, porque vinieron á anunciarle la llegada del artillero.

Murat envainó al momento la espada, la puso sobre la bandeja, la cubrió con el rico paño, y mandó que entrara Daoiz.

Luis se presentó ante Murat con reposado continente, pero en sus ojos se leia una confusa mezcla de tristeza y reconcentrado furor.

—Caballero, le dijo Murat, ha cumplido V. puntualmente su promesa de visitarme.

—Siempre cumplo así mis promesas, monseñor.

—Tampoco falto yo á las mias y la prueba de ello es que esperaba.

—Estoy muy agradecido, monseñor, á los favores de V. A.

—Ahora que podemos hablar, ¿qué quiere V. de mi?

—Monseñor, anoche no creyó V. A. que podríamos explicarnos bien entre el bullicio de un gran baile, y aplazó nuestra entrevista para hoy.

—Me hubiera sido anoche fácil castigar su ofensa de V. de mil modos, y tengo bastante prestigio para alejarlo de Madrid.

—Lo sé, monseñor, pero hago á V. A. la justicia de creerlo un valiente, y portándose de ese modo, hubiera manifestado miedo.

—¿Daoiz!

—Monseñor.

—Joaquín Murat no tiene miedo.

—Lo mismo acabo de decir.

El gran duque dió algunos pasos, y parándose dijo.

—Daoiz, ¿qué ofensas ha recibido V. del gran duque de Berg?

—Verdaderamente ninguna.

—¿Y por qué busca V. ocasiones de provocarme?

—Porque mi ódio hácia V. A es profundo.

—Hable V.

—Me parece inútil; pero dará gusto á V. A. Yo amaba á una muger hermosa, muy hermosa: ¿es verdad, gran duque?

Murat inclinó la cabeza haciendo una señal afirmativa, y el artillero prosiguió.

—Y esta muger me amaba mucho, ó lo aparentaba á lo menos. En tres años de casto amor cuánto he gozado y padecido! Si una leve nube empañaba el cielo de nuestra ventura creia la tormenta muy cercana, y temblaba al aspecto del rayo que debia estallar muy en breve: mas cuando desechas las nubes brillaba un destello de sol, nacia la esperanza en mi alma, y tenia goces inefables.

El gran duque se iba enterneciendo con las palabras de Daoiz, y el artillero prosiguió.

—Pasaron años como dias, y horas hubo que fueron años, esperando el feliz instante que debia unirnos para siempre. El ejército francés pasó la frontera del Pirineo, para subyugar á la España.

—¡Daoiz!

—Estamos solos, monseñor, y las palabras que aqui diga no pueden producir alarma.

—Somos los fieles aliados.

—Si los ministros de Fernando tuvieran el don de leer el pensamiento de V. A. como yo,

los planes del emperador encontrarían muchos obstáculos.

Murat bajó al suelo los ojos y Luis prosiguió.

—Los franceses atravesaron el Pirineo, y el gran duque de Berg, precedido de una inmensa reputación. Elisa, jóven y entusiasta, empezó á tener hermosos sueños, y en ellos se le aparecía el bizarro Joaquín Murat.

—¿Es eso cierto?

—Sí, gran duque. En la conversacion del dia siguiente sorprendia yo los sueños de la noche, y os odiaba sin conoceros. Entró V. A. en Madrid.

Basta, basta: dijo Murat enternecido.

—Pues he dado fin á mi historia.

Un corto silencio siguió á estas palabras de Daoiz; Murat daba vueltas agitado; mas parándose de repente dijo.

—¿Qué puedo hacer por V.?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada, nada, monseñor. Porque aunque V. A. renunciase al amor de la hermosa Elisa, su corazón no sería mio, y todo lo demás no me importa.

—¿Nada quiere V. de mí, caballero?

Daoiz no respondió.

—¿Nada quiere V. de mí, caballero? preguntó de nuevo Murat.

Luis continuó en su silencio.

—Hable V. siquiera una palabra : insistió el gran duque.

—Monseñor , soy un oficial de artillería y V. A. es...

—No importa. Todo lo comprendo , Daoiz. Nos batiremos.

—Monseñor , exclamó Luis con alborozo , en este momento siento odiaros.

Murat permaneció tranquilo , cogió del brazo al artillero , y atravesando [varias piezas primorosamente amuebladas , lo condujo á una espaciosa sala de armas. Llegados á ella dejó el gran duque el brazo de Daoiz y le dijo :

—Caballero , elija V. armas.

—Todas las manejo , monseñor.

—Estamos en mi casa , Daoiz , y debo mostrarme galante.

—Sin embargo , suplico á V. A. que tenga la bondad de elegir las.

—No puedo condescender , Daoiz. Vamos á dejarlo á la suerte. Si acierta V. el año de la moneda nos batiremos con espada , si no lo acierta con pistolas.

—Me parece bien , monseñor.

Murat sacó una moneda de oro , Daoiz pidió pares , la moneda tenia el año de 1807 , y por tanto quedó decidido que se batirian á pis-

tola. Murat condujo á Daoiz á un armario y le dijo :

—Ahí tiene V. pistolas de todas clases, elija V. las que le parezcan mejores.

—Todas me son indiferentes.

—Nuestro desafio , como V. conoce no puede tener ningun testigo , y tenemos que arreglar la parte mas enfadosa de los duelos : si hemos de terminarlo pronto , muestre V. mas docilidad. ¿ Qué pistolas elige V.?

—Estas, monseñor.

—Aquí tiene V. pólvora y balas : cárguelas V.

—Monseñor.

—Hemos convenido , Daoiz , en que mostrareis docilidad.

Luis cargó al punto las pistolas y se las presentó al gran duque.

—Tenga V. la bondad , Daoiz , de dispararlas sobre aquel blanco.

—Monseñor.

—Soy un mariscal y V. un simple subalterno. Exijo obediencia.

Daoiz se colocó á cuarenta pasos del blanco, y disparó las dos pistolas : las balas dieron en el centro.

—¡ Magníficos tiros , Daoiz ! Esclamó el gran duque de Berg , con un verdadero entusiasmo , y luego añadió.

—Tenga V. la bondad de cargar de nueve las pistolas.

Luis obedeció y añadió el gran duque.

—¿De qué manera dispararemos?

—Como V. A. determine.

—Los dos á la par.

—Lo mismo pensaba yo.

—Se ocurre una dificultad.

—¿Cuál es?

—Quien ha de hacernos la señal.

—V. A. mismo puede hacerla.

—V. la hará.

—Monseñor.

—Nada. Señor capitán, yo lo mando. Los petos de nuestros uniformes podrian amortiguar las balas.

—Es verdad.

—Despojémonos de ellos.

Se quitaron los uniformes y los arrojaron sobre un banco. Allí podia haber contemplado Elisa, confundidos dos uniformes que habian hecho tan gran contraste.

—¿A qué distancia nos ponemos? preguntó el gran duque.

—A treinta pasos : si os parece bien, monseñor.

—Coloquémonos, Daoiz, en guardia, y á la voz de fuego dispararemos.

Midieron escrupulosamente el terreno, y

se colocaron como acababa de decir el gran duque.

Entre tanto que Murat y Daoiz arreglaban tranquilamente un duelo á muerte y sin testigos, Elisa, triste y pensativa estaba sentada en un sofá, desojando con mano trémula los sùtiles pétalos de una rosa. Meditaba profundamente, y la memoria de las escenas que habian pasado la noche antes en el baile del duque de M.... la causaban vivo dolor, pero halagaban al mismo tiempo su orgullo de hermosa y de muger. Recordaba el amor de tres años que habia profesado á Daoiz, amor pagado con usura por el bizarro militar, y sentia amargos remordimientos, que no podia ahogar la memoria del poderoso gran duque de Berg. Aquel marchito ramillete que la presentó Luis envolvía una terrible acusacion que lastimaba su conciencia, pero esta callaba recordando las veces que el corazon de Elisa latió junto al corazon de Murat. Cada vez que una idea risueña le daba vida acariciaba con indecible amor la rosa, pero cuando una idea sombría se presentaba aterradora, arrancaba un pétalo á la flor, y podian contarse sus ideas tristes por las hojas que matizaban su blanca falda de batista.

La jóven hubiera querido tener á su lado á una amiga á quien participar sus penas y dar parte en sus ilusiones; pero Rosa era hermana

de Luis y por tanto mala confidenta para amores que asesinaban á su hermano.

Una doncella entró á turbar las meditaciones de Elisa , anunciando á Mr. Duradin , que estaba esperando en la antesala. Muchas veces habia recibido la jóven visitas de Mr. Duradin , que como ocioso cortesano no acostumbraba á escasearlas , sin sentir placer ni disgusto , pero en este momento su nombre le produjo una impresion barga de temor , inquietud y alegría. Dijo á su doncella que pasase adelante el francés , y Duradin se presentó estremando las cortesanas maneras que no economizaba en ningun caso.

—A los pies de V. , hermosa Elisa , dijo acercándose á la jóven. ¿ Ha descansado V. del baile ?

—No enteramente , Duradin. He dormido mal esta noche y me duele un poco la cabeza. ¿ Y V. ha descansado ?

—Señora , un hombre como yó no se cansa en tan amable sociedad.

—Parece una reconvencion : replicó la jóven sonriendo.

—No Elisa. Una jóven nunca duerme bien despues de una noche de baile.

—¿ Por qué , Duradin ?

—Porque recibe impresiones demasiado vivas que no la permiten dormir.

Elisa se puso encarnada y el francés prosiguió.

—Mucho mas cuando una hermosa jóven ha sido la única reina del sarao.

—Eso no es aplicable á mí.

—A nadie con mas razon , señora.

—¿ Por qué , Duradin ?

—Anoche hubo un príncipe en el sarao y rompió el baile con V.

Elisa se puso mas encarnada y replicó balbuciendo.

—Casualidad.

—No , hermosa Elisa : y vengo á dar á V. las gracias porque la debo mi fortuna.

—V. se chancea , Duradin.

—No , señora.

—Esplíquese V.

—Cuando entró el gran duque conversábamnos los dos.

—Es ciertor

—El gran duque lo notó.

—¿ El gran duque ?

—Y despues de acabarse el sarao me dió una palmada en el hombro y me dijo:—¿ Sois francés?—Monseñor , lo soy.—Pues mañana os espero en mi casa.

—¿ Y ha concurrido V?

—Ya lo creo. El gran duque me recibió con muy claras muestras de júbilo , y me dijo sin

dejar me hablar.—La dama con quien habla V. anoche no es una muger es un angel. Es muy hermosa, monseñor: y el mortal que tiene la dicha de agradarla es el mas feliz de los hombres.—¿Tiene un amante? preguntó el gran duque con voz de trueno.—Monseñor, la ama un oficial de artilleria.—Ya se su nombre; Luis Daoiz. ¿Y la hermosa le corresponde.—Me parece que sí, monseñor.

—Le habeis engañado, Duradin.

—Yo creí decirle la verdad. Al oír mi respuesta el gran duque empezó á rugir como un leon, perdiendo el decoro hasta tal punto, que tuve que llamar su atencion diciéndole.—¿Qué hace V. A., monseñor?—Lo que puede hacer otro cualquiera devorado por horribles celos.

Con las palabras de Duradin, se iba animando el rostro de Elisa de una manera sorprendente; se pusieron sus labios mas rojos y sus ojos tenían el brillo del entusiasmo y del placer. Se inclinó á Duradin como en actitud de revelar le algun secreto y le dijo.

—Ha hecho V. muy mal en haber contado al gran duque mis antiguos amores con Luis; pues hace ocho dias que acabaron nuestras relaciones.

—Señora, juro á V. que no lo sabia. Procuré serenar al gran duque diciéndole, que habia notado alguna frialdad entre V. y su

amante aquella noche , y entonces me dijo.— Duradin , amo á esa muger con delirio.

—¡ Me ama ! exclamó Elisa alborozada.

—Ama á V. , señora. Y añadió.—Es indispensable poseerla.

—¡ Jamás , jamás ! exclamó la jóven tapándose el rostro con las manos , como para no ver alguna imagen que se presentaba ante sus ojos.

Duradin no creyó prudente prolongar mas la conferencia , y se despidió dándola gracias por haber alcanzado por su medio la amistad del gran duque de Berg.

Al ir á marcharse Duradin , se levantó Elisa de su asiento , y deteniéndole por el brazo le dijo con voz conmovida y haciendo un esfuerzo extraordinario.

—Diga V. al gran duque de Berg , que continúo amando á Daoiz.

Duradin inclinó la cabeza como en señal de asentimiento , pero conocia muy bien el valor de las últimas palabras de Elisa , que despues de haberlas pronunciado cayó rendida en el sofá.

Colocados al fin en guardia el gran duque de Berg y Daoiz , solo faltaba una palabra para que partiera la muerte de los dos testers del salon. El testigo mas indiferente se hubiera bañado de sudor , contemplando



aquellas dos frentes altivas , aquellas miradas serenas , y aquellos labios que sonreian en tan crítica situacion. El testigo mas indiferente hubiera temblado contemplando aquellos dos hombres decididos á esterminarse mutuamente pero sin ira al mismo tiempo , estimando cada uno á su adversario , y usando tal galantería en el arreglo de condiciones, que parecian mútuos padrinos , ó que cada cual preferia recibir la bala en su pecho á depositarla en el corazon de su bizarro antagonista.

Largo tiempo se contemplaron y hubieran invertido mas si un ligero ruido de pasos que se dirigian al salon , no hubiera hecho decir á Murat.

—Gente se acerca , caballero , y sentiria que nos sorprendieran.

—Voy á dar el grito, monseñor. ¿Está V. A. preparado?

—Cuando V. guste.

—Fuego : gritó Daoiz á media voz , y las balas se cruzaron , sin oirse mas que un solo tiro : la puerta se abrió al mismo tiempo y apareció en ella Duradin.

La punteria de los dos ribales , aunque atropelladamente hecha , no careció de exactitud , pero la mano de la Providencia , que á otras muertes los destinaba , separó los plomos homicidas , que pasaron raspando el pecho

á la altura del corazon y fueron á clavarse en la pared, internándose bastante en ella. Daoiz se quedó inmóvil en su puesto, pero Murat, que vió á Duradin, y no quiso hacerle partícipe de aquella escena misteriosa, se dirigió con paso rápido hacia el artillero diciéndole.

—En este tiro, amigo mio, no ha estado V. tan acertado como en los otros.

—Es verdad. Y á pesar del éxito, monseñor, estaba mi pulso muy firme.

—Pasad adelante, Duradin. Si hubierais llegado un poco antes, hubierais admirado, como yo, la buena punteria de Daoiz.

—Tira muy bien, dijo el *cicerone*. Y si tuviera la bondad de repetir.

—Es muy amable, repuso el gran duque. Amigo mio, voy á cargarle su pistola, y desaparemos los dos.

Murat cargó las pistolas y entregó una de ellas á Luis: este apuntó al blanco y la bala dió en el centro, el gran duque disparó tambien á su turno, y el plomo dió en el acero todavia caliente que habia tocado la de Daoiz.

—¡Magnífico! exclamó Duradin: y Dios me libre de sostener con ninguno de los dos duelos.

—No siempre está el pulso tan firme: replicó Murat alegremente.

—¿Si me permite V. A que me retiré? dijo Daoiz.

—Como querais , amigo mio.

Luis se vistió al punto su uniforme y se despidió cortesmente ; Murat le ocompañó hasta la puerta y en ella le dijo á media voz.

—He procurado dar á V. gusto. ¿Esta satisfecho?

—Monseñor , tengo que admirarlo á mi pesar y ya no me queda la esperanza de una escena como la de hoy.

—¿ Tiene V. deseo de repetirla?

—No , monseñor , he conseguido lo que no esperaba , y es bastante. Despues de lo que ha sucedido no podemos batirnos mas como ribales , monseñor ; podremos batirnos algun dia V. A como francés y como español Luis Daoiz.

El gran duque alargó su mano al capitan; este la estrechó cordialmente , y se separaron cual cumplió á tan valientes enemigos.



CAPITULO XI.

Savary.

Loco se volvía Duradin para adivinar el motivo que había reunido en aquella sala al mariscal lugar-teniente del emperador gran duque de Berg y al capitán de artillería española Luis Daoiz. Aunque le parecía muy rara esta reunión mas se debanaba los sesos considerando la franqueza que entre los dos mediaba, y creía perdido y sin premio el trabajo que había empleado con Elisa. Después que despidió el gran duque

á Daoiz, se llegó á Duradin con semblante que revelaba al mismo tiempo la satisfaccion y la duda, y le preguntó.

—Duradin, ¿qué noticias me dais de Dolores?

—De Dolores muy pocas, monseñor.

—Sepamos.

—Sigue reñida con su amante.

—¿Nada mas sabeis?

—Nada mas.

—¡Vive Dios! Duradin, que es muy poco.

—Lo mismo he dicho, monseñor: pero en cambio.....

—¿Pero en cambio qué?

—Traigo nuevas de Elisa.

—¡Silencio!

—Monseñor.....

—Ni una palabra mas. Y dándole un bolsillo de oro, añadió.

—Tomad estos mil francos, Duradin, y no me habéis jamás sino contestando á mis preguntas. Adquirid noticias de Dolores y volved mañana.

—Hasta mañana, tartamudeó Duradin, y se alejó con rapidez: Murat se vistió su uniforme, y salió de la sala de armas.

Los galanteos del gran duque de Berg eran un pequeño desahogo y la mayor parte del tiempo se la ocupaba la política.

Diaria y misteriosa correspondencia con los reyes padres, largas y frecuentes entrevistas con la reina de Etruria, y reducidas relaciones con los ministros de Fernando eran las operaciones serias de Murat: á las que pueden añadirse algunos cuidados militares y las ostentosas paradas que pasaba cada ocho dias.

La correspondencia de los reyes padres estaba reducida á tres puntos. El principal, segun el anhelo que ambos reyes manifestaban, era vindicar y poner á salvo la persona del favorito, para quien pedian la proteccion de Bonaparte y la de su lugar-teniente. Era el segundo presentár á Fernando VII como encarnizado enemigo del emperador de los franceses, y desacreditarlo por cuantos medios se ocurrían á la imaginacion calenturienta de la vengativa Maria Luisa. El tercero se reducía á humildes protestas de adopcion, á súplicas encarecidas, y á pretender seguro asilo, para el favorito y los esposos, contra las alevnes asechanzas de los consejeros de Fernando.

Las entrevistas del gran duque y de Maria Luisa, reina de Etruria, á mas de la importancia política que las daba la correspondencia de los reyes padres, eran una infame comedia en la que una dama tan ilustre y un soldado tan valeroso hacían el papel de traidores, vendiendo la dama á un hermano que ceñía radiante co

rona, y faltando el soldado mil veces á la buena fe de un caballero. Maria Luisa se habia propuesto con súplicas y humillaciones, poner de nuevo la corona sobre la frente de su hijo, y Murat proseguía engañándola con esperanzas halagüeñas, para conservar un instrumento que tanto á sus planes convenia. La reina hacia muy mal papel en juego tan bajo y desleal, pero el gran duque se infamaba engañando á una pobre muger que no sospechaba su astucia.

Las relaciones de Murat con los ministros de Fernando eran un tegido de intrigas mezquinas y de mala ley. En primer lugar los entretenia anunciándoles la próxima llegada del emperador de los franceses, como diciéndoles: «*No obrar, porque estais espuestos, señores, á disgustar á mi cuñado.*» En segundo les hacia peticiones ridiculas, como la de la espada de Francisco I, ó se interesaba por Godoy, para dar alguna esperanza á los afligidos reyes padres, y encontrarlos mucho mas sumisos á su voluntad, ó mejor dicho á la voluntad de Bonaparte. Los ministros se mostraban dóciles á las demandas del guerrero, y Murat creia de buena fe haber superado con mucho las esperanzas de Bonaparte.

El emperador de los franceses no se hallaba tan satisfecho de la conducta de Murat como su cuñado creia. Cuando recibió la noticia, el

dia 26 de marzo en la noche, de la abdicacion de Cárlos IV, hecha el 19 del mismo mes, vió malogrados sus proyectos, y en un arrebató de ira, (en vez de cambiar de sistema, como podia hacerlo sin desdoro, pues nadie era sabedor del suyo); escribió á su hermano Luis, rey de Holanda. «El rey de España acaba de abdicar la corona, habiendo sido preso el príncipe de la Paz. Un levantamiento habia empezado á manifestarse en Madrid, cuando mis tropas estaban todavia á cuarenta leguas de distancia de aquella capital. El gran duque de Berg habrá entrado allí el 23 con 40,000 hombres, deseando con ansia sus habitantes mi presencia. Seguro de que no tendré paz sólida con Inglaterra sino dando un grande impulso al continente, he resuelto colocar un príncipe francés en el trono de España..... En tal estado he pensado en tí para colocarte en dicho trono..... Respóndeme categóricamente cual sea tu opinion sobre este proyecto. Bien ves que no es sino proyecto, y aunque tengo 100,000 hombres en España, es posible por circunstancias que sobrevengan, ó que yo mismo vaya directamente, ó que todo se acabe en quince dias, ó que ande mas despacio siguiendo en secreto las operaciones durante algunos meses. Respóndeme categóricamente si te nombre

:

«rey de España; ¿lo admites? ¿Puedo contar contigo?... (1).»

El mal humor de Napoleon por un suceso inesperado y que dificilmente hubiera podido impedir Murat, no se redujo á la manifestacion precedente, y con fecha 29 de marzo escribió al gran duque de Berg manifestándole sus temores y trazándole con diestra mano la conducta que debia seguir para vencer las dificultades creadas por los acontecimientos de Aranjuez. Para cumplir estas instrucciones, insistió Murat con la córte en la próxima llegada del emperador de los franceses, y no atreviéndose á reiterar sus instancias para que saliese el rey Fernando al encuentro de Napoleon, por temor de escitar sospechas, propuso la inmediata del infante D. Carlos, motivo entonces de sus relaciones con la córte.

Los consejeros de Fernando, siempre prontos á condescender con las exigencias del gran duque, creyeron conveniente la salida del joven príncipe que se verificó el 5, y aun fundaron en ella algunos las mas halagüeñas esperanzas. Por el contrario, María Luisa temia la marcha de su hijo, y así se lo escribió á Murat.

«Se nos ha dicho (escribia la reina) que

(1) Toreno: Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España: pág. 407.

» nuestro hijo Cárlos va á partir mañana ó an-
 » tes para recibir al emperador, y que sino lo
 » encuentra avanzará hasta París. A nosotros se
 » nos oculta esta resolucion por que no quieren
 » que la sepamos ni el rey ni yo, lo cual nos ha-
 » ce recelar un mal designio; pues mi hijo Fer-
 » nando no se separará un momento de sus her-
 » manos, y los hace malos con promesas y con
 » los atractivos que agradan á los jóvenes que
 » no conocen el mundo por esperiencias, etc.

» Por esto conviene que el gran duque pro-
 » cure que el emperador no se deje engañar
 » por medio de mentiras que lleven las aparien-
 » cias de la verdad, respecto de que mi hijo no
 » es afecto á los franceses, sino que ahora ma-
 » nifiesta serlo porque tiene necesidad de apa-
 » rentarlo (2). »

Y como la reina era incansable en cuanto creia poder convenir al buen logro de sus proyectos, no contenta con los dos párrafos anteriores escribió al gran duque de Berg la siguiente carta, toda dedicada al mismo asunto.

« Mi señor y hermano: la partida tan pronta
 » de mi hijo Cárlos, que será mañana, nos hace
 » temblar. Las personas que le acompañan son
 » malignas. El secreto inviolable que se les hace
 » observar para con nosotros, nos causa grande

(2) Monitor del 5 de febrero de 1810. Memorias de Nellerto.